

Textos de visibilización de género de autoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: Luisa Zanelli, Marta Elba Miranda y María Carolina Geel*

Natalia Cisterna Jara

<https://orcid.org/0000-0002-3677-3211>

Universidad de Chile

nataliacisterna@u.uchile.cl

RESUMEN

El artículo analiza tres textos de autoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: *Mujeres chilenas de letras* (1917) de Luisa Zanelli; *Mujeres chilenas* (1940) de Marta Elba Miranda; y *Siete escritoras chilenas* (1949) de María Carolina Geel; especialmente las distintas formas de exhibición y valoración que usaron las autoras para divulgar los aportes de las mujeres en sus sociedades, de acuerdo con sus respectivos campos culturales. Estos textos son parte de un corpus amplio y diverso de escritos elaborados por autoras latinoamericanas, desde mediados del siglo XIX, cuyo fin era destacar las contribuciones sociales y culturales realizadas por las mujeres del pasado y del presente. Este tipo de escritos, que denomino textos de visibilización de género, constituyeron formas discursivas novedosas que intentaron interrumpir el silencio al que habían sido condenadas las obras de las mujeres en sociedades patriarcales a lo largo de la historia.

Palabras clave: escrituras de mujeres, obras y trayectorias de mujeres chilenas, campo cultural latinoamericano, primera mitad del siglo XX

* Este artículo se escribió en el marco del Proyecto FONDECYT Regular N° 1251433: “Poses modernas en las escrituras de autoras del Cono Sur y el Caribe (1900-1950)”, del que soy la investigadora responsable.



Texts of Gender Visibility by Chilean Women Authors of the First Half of the 20th Century: Luisa Zanelli, Marta Elba Miranda and María Carolina Geel

ABSTRACT

This article analyzes three texts by Chilean women writers from the first half of the 20th century: Luisa Zanelli's *Mujeres chilenas de letras* (1917), Marta Elba Miranda's *Mujeres chilenas* (1940), and María Carolina Geel's *Siete escritoras chilenas* (1949). It focuses particularly on the different forms of exhibition and evaluation these authors used to value and disseminate women's contributions to their societies, according to their respective cultural fields. These texts are part of a broad and diverse corpus of writings produced by Latin American women writers since the mid-19th century, whose aim was to highlight the social and cultural contributions of women, both past and present. These types of writings, which I call gender-visible texts, constituted novel discursive forms that attempted to break the silence to which women's work had been condemned in patriarchal societies throughout history.

Keywords: women's writings, works and trajectories of Chilean women, Latin American cultural field, first half of the 20th century

1. INTRODUCCIÓN

En 1911 María Eugenia Martínez publicó *Mujeres célebres de Chile*, un texto breve en el que destacaba a distintas chilenas de la historia, en un arco de tiempo que iba desde la Independencia hasta fines del siglo XIX. En la última parte de su escrito, ordenado cronológicamente, Martínez situaba algunas insignes representantes de las letras nacionales, haciendo coincidir la mayor estabilidad política del país, ya libre de las vicisitudes de la guerra por la emancipación y de los complejos procesos de organización nacional, con una mayor participación de las mujeres en la vida cultural. Solo seis años después, otra escritora chilena, Luisa Zanelli, publicó *Mujeres chilenas de letras* (1917), un proyecto editorial de gran envergadura destinado a visibilizar la presencia de las mujeres en la esfera cultural.

Llama la atención que en tan pocos años se escribieran dos textos cuyo fin era básicamente el mismo: dar a conocer y poner en valor los logros de las mujeres en la historia social y cultural. Sin embargo, ambas publicaciones no fueron fenómenos editoriales aislados ni en Chile ni en Latinoamérica, sino respuestas a una preocupación de larga data compartida por diversas autoras, por el escaso reconocimiento que tenían las trayectorias y las obras de mujeres del pasado y del presente tanto en sus países como también a nivel mundial. Esta inquietud llevó a mujeres del mundo de las letras a emprender proyectos de rescate y visibilización de las actividades realizadas por sus pares de género. Desde el siglo XIX se publicaron en Latinoamérica escritos de autoras orientados a mostrar los aportes de mujeres en distintos campos, como por ejemplo: el *Álbum poético-fotográfico de las escritoras cubanas* (1868) de Domitila García; “Galería de mujeres célebres”, columna incluida en el *Álbum Cubano de lo Bueno y de lo Bello* (1860) de Gertrudis Gómez de Avellaneda; la columna de Soledad Acosta de Samper “Galería de mujeres virtuosas y notables”, publicada en el periódico *La mujer* entre los años 1878-1879, y en su libro *La mujer en la sociedad moderna* (1895); la conferencia “Las obreras del pensamiento en América del Sur” (1895) de Clorinda Matto de Turner; el libro *La mujer en el arte. Creadoras* (1917) de Carmela Eulate Sanjurjo; o el ensayo “La influencia de las mujeres en al alma americana” (1930) de Teresa de la Parra, entre otros textos. En Chile, aparte de los dos escritos mencionados, se publicaron, en la primera mitad del siglo XX: “Mujeres de mi tiempo” (1917) de Martina Barros, capítulo incluido en su libro *Memorias de mi vida*; el ensayo “Actividades femeninas en Chile” (1920) de Vera Zouroff; la conferencia “Las actividades de la mujer chilena en el pasado, en el presente y el porvenir” (1923) de Roxane; “Nuestras escritoras” de María Monvel, sección de la revista *Para Todos* (1931); “La labor literaria de las mujeres en Chile” de Graciela Sotomayor de Concha en *Actividades femeninas en Chile* (1928), editado por Sara Guerín de Elgueta; “Alrededor de una mujer” de Marta Brunet, sección de la revista *Ecrán* (1934-1935); *Algunas poetisas de Chile y Uruguay* (1937) de Estela Miranda; *Mujeres chilenas* (1940) de Marta

Elba Miranda; el ensayo “Trayectoria del movimiento feminista de Chile” (1944) de Amanda Labarca; y *Siete escritoras chilenas* (1949) de María Carolina Geel, entre otros escritos.

En definitiva, estamos en presencia de un corpus textual amplio, desplegado en diversos géneros discursivos y difundido a través de distintos medios, como por ejemplo: ensayos que aparecieron en la prensa o en libros; semblanzas biográficas incluidas en antologías literarias, divulgadas en libros o en columnas periódicas; crónicas que relataban actividades de mujeres; y entrevistas destinadas a dar a conocer las realizaciones y las trayectorias de sujetos femeninos en diversos ámbitos y que incorporaban perfiles de la entrevistada. Se trata de textos heterogéneos escritos por mujeres, pero unidos por el mismo interés de divulgar, en la escena pública, figuras femeninas cuya producción política, cultural y social era desvalorizada y/o desconocida.

Propongo pensar esta diversidad de textos prestando atención a lo que tienen en común, más allá de los géneros discursivos en los que circularon, es decir, la necesidad manifiesta de visibilizar y reconocer la importancia de las obras y las actividades desarrolladas por mujeres del pasado y/o del presente. Esto no significa que las particularidades de los géneros cultivados por sus autoras sean irrelevantes, sino que estas especificidades estaban al servicio de un propósito y, por ello, se adaptaron y reinventaron en función de este. Con el fin de estudiar en conjunto estos escritos de mujeres sobre mujeres, preliminarmente, los denominaré “textos de visibilización de género”. Es necesario señalar que no todos los textos de mujeres pueden ser considerados de este tipo. No incluyo en esta categoría la vasta, diversa y rica producción intelectual de autoras que analiza y denuncia la desigualdad que afecta a sus pares de género, pero que no está centrada específicamente en dar a conocer sus logros y contribuciones en sus respectivas sociedades.

Considero que los textos de visibilización de género ofrecen una valiosa oportunidad para observar y analizar cómo las autoras pensaron la participación de las mujeres en las esferas públicas, especialmente culturales; reconocieron influencias; y abordaron las

formas de legitimación en campos culturales que eran adversos a su inclusión. Asimismo, el estudio a los textos de visibilización de género, producidos durante el surgimiento de la figura de la autora profesional en las primeras décadas del siglo XX, en un contexto de creciente profesionalización de la actividad letrada, permite indagar cómo las autoras reflexionaron acerca de los posicionamientos de las mujeres en sus esferas culturales y las dificultades que identificaron en sus ingresos en estos ámbitos. En efecto, los campos culturales, a pesar de su creciente autonomía de los campos de poder político y del surgimiento de la figura de la escritora profesional, siguieron reproduciendo los patrones excluyentes de género sexual que organizaban la vida social. Las autoras, en su mayoría, vivenciaron estos espacios como ámbitos hostiles: excluidas de antemano por su género sexual, se vieron empujadas a desarrollar diversas estrategias que les permitían validar su autoría. En este sentido, sostengo que, a través de los textos de visibilización de género, sus autoras construyeron historias de esfuerzos y logros culturales que les permitían validar su propia instalación en el campo, ya no como excepciones, sino como parte de una historia intelectual y artística de larga data y con referentes importantes.

Este interés de arrancar de las sombras nombres y obras de mujeres responde, también, a una época en la que la valoración del individuo dependía, en gran medida, de cómo se definía su presencia en lo público, en el marco de una cultura moderna en la que la experiencia visual era central en el proceso de conocimiento y adaptación a la abigarrada vida urbana. En efecto, en las sociedades finiseculares, en las que todo apelaba a la vista (Molloy 2012: 43), ser un sujeto moderno significaba estar visible para el resto y también ser un observador, sobre todo, un buen observador. Beatriz González Stephan y Jens Anderman (2006) plantean que una relectura de la modernidad latinoamericana, de fines del XIX y principios del XX, debiera considerar el “aprendizaje de observar” (14) como ejercicio recurrente en urbes saturadas de estímulos. Desde mediados del siglo XIX, las sociedades guiaron y formaron la atención de las y los individuos, convirtiéndolos en espectadores de su cotidianidad

social y cultural. Estos “procesos de adiestramiento de la mirada” (González Stephan y Anderman 2006: 14) fueron conducidos a través de una proliferación de galerías, exposiciones, medios ilustrados que, en conjunto, crearon sintaxis visuales que permitían al espectador reconocer, situar y comprender lo observado de acuerdo con ciertos marcos ideológicos. De este modo, la cultura moderna no solo formó ciudadanos, sino también espectadores que fueran capaces de identificar y leer “adecuadamente” lo visto. Los textos de visibilización de género participaron de esta cultural visual moderna, exponiendo los aportes y logros tradicionalmente no reconocidos de las mujeres y conduciendo la atención a aquellos aspectos que a sus autoras les parecía importante destacar. En otras palabras, elaboraron galerías escriturales en las que desplegaron narrativas de esfuerzos y talentos, clasificados y exhibidos en función de demostrar de manera irrefutable las contribuciones de las mujeres al progreso nacional.

Salvo el conocido artículo “‘No me interrumpas’: las mujeres y el ensayo latinoamericano” (2000) de Mary Louise Pratt, no existen otros estudios que analicen en conjunto este tipo de textos de visualización de género. En su artículo, Pratt los define como ensayos de “enumeración de mujeres ejemplares”, identificándolos como una modalidad del “ensayo de género”. De acuerdo con la autora, el “ensayo de género”, que tiene como fin impugnar el lugar secundario que arbitrariamente se les asignaba y asigna a las mujeres en sus sociedades, se puede expresar como un “comentario analítico”, orientado a explicar y analizar las condiciones de desigualdad que limitan la incorporación de las mujeres al ámbito público o bien como ensayo de “enumeración de mujeres ejemplares”, que expone un listado de nombres y obras de figuras públicas de distintos momentos de la historia. Pratt señala que estos listados están destinados, principalmente, a celebrar las actividades desarrolladas por las mujeres y, en menor medida, salvo valiosas excepciones, a ofrecer análisis a sus trayectorias y sus pensamientos; en palabras de la autora, “es una literatura de hechos, más que de ideas, que sin embargo no debe menospreciarse” (2000: 77).

La importancia del análisis de Pratt radica en reconocer estos escritos, distinguirlos de otros y darles un lugar dentro de la producción intelectual de mujeres. Sin embargo, al entenderlo como un subgénero dentro de la categoría de “ensayo de género”, tema central de su análisis, Pratt no exploró mayormente en estos y otros textos que cumplían funciones similares, pero que no correspondían necesariamente al género del ensayo. Asimismo, la caracterización de estos textos como enumeración de nombres y obras da cuenta solo parcialmente de sus particularidades, restando importancia a la exposición de ideas que buscaba demostrar, de manera irrefutable, el lugar central que tenían las mujeres en el progreso nacional. En efecto, en su descripción, Pratt no aborda en estos escritos la constitución de narrativas que, junto con ofrecer un catastro de autoras y actividades, también historizaban el papel de las mujeres en sus sociedades y, en muchos casos, exhibían los factores sociales que intervenían en sus formas de participación. Joyce Contreras, siguiendo las ideas de Pratt, plantea que un modo a partir del cual las escritoras chilenas legitimaron su posición en los espacios culturales y sociales, a inicios de siglo XX, fue destacando a mujeres de relevancia en la historia, a las que denomina “mujeres heroicas”. Aun cuando Contreras no ahonda en las características de estos textos de divulgación de mujeres destacadas del pasado, observa acertadamente que algunos de ellos se articularon como propuestas de una genealogía literaria de mujeres (Contreras 2020: 133). En efecto, en estos textos se puede observar que la necesidad de reivindicar el lugar fundamental de las mujeres en el pasado y en el presente no fue la única razón que impulsó su escritura. A través de estos escritos, sus autoras buscaron trazar una historia política, social y cultural nueva, que completara los enormes vacíos de las narrativas nacionales, además de mapear sus campos intelectuales y artísticos, identificando figuras, obras relevantes y redes de influencias. En suma, ofrecieron una genealogía de nombres y producciones destinada a reparar las omisiones y la desvalorización de la que eran y habían sido objeto.

En este artículo, me propongo analizar los textos de visibilización de mujeres en la esfera pública, publicados en Chile durante la primera mitad del siglo XX. Aunque es prematuro trazar una genealogía de estos escritos, me parece interesante pensar en estas expresiones textuales en diálogo con sus momentos históricos, considerando en el análisis las distintas etapas de la participación de las mujeres en la esfera pública en las primeras cinco décadas del siglo pasado. Para ello he decidido centrarme en tres libros publicados en momentos importantes del desarrollo de los movimientos de mujeres en Chile y que fueron definidos por Julieta Kirkwood en su estudio *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. En primer lugar, el ya mencionado *Mujeres chilenas de Letras* (1917) de Luisa Zanelli, publicado en el periodo identificado por Kirkwood como los “orígenes” de las actividades de reivindicaciones de derechos políticos y civiles de mujeres, que se extiende desde 1900-1931 (Kirkwood 2010: 68. En esta etapa, las mujeres gestaron sus primeras organizaciones y fundaron algunos periódicos y revistas en los que difundieron sus demandas e ideas. Se trata de un periodo inicial, en el que las formaciones de carácter feminista contaban con un número reducido de militantes y tenían escasa incidencia en los espacios de discusión política, como partidos, federaciones estudiantiles, sindicatos. El segundo libro que trabajaré es *Mujeres chilenas* (1940) de Marta Elba Miranda, que corresponde al periodo denominado por Kirkwood como el “ascenso del movimiento de mujeres”, que se despliega entre los años 1931-1949 (69). Durante este arco temporal, se funda en 1935 el Movimiento Pro-emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH), la primera organización feminista con presencia en gran parte del territorio nacional y con un número significativo de militantes inscritas provenientes de distintos sectores sociales. En aquel periodo, los movimientos de mujeres logran su principal conquista: la obtención del voto¹

¹ En 1934, las mujeres en Chile obtienen el derecho al voto para las elecciones municipales y en 1949 se promulga la ley que les permite votar en las elecciones presidenciales y parlamentarias.

y, con ello, una influencia en la arena pública que no volverán a tener a lo largo del siglo. Por último, el corpus de estudio incluye el libro *Siete escritoras chilenas* (1949) de María Carolina Geel, que se escribe a fines del periodo anterior e inicios del que Kirkwood denomina: “la caída del movimiento de mujeres”, que va desde 1949 a 1953, caracterizado por una paulatina declinación de las agrupaciones feministas en la esfera pública: se disuelve el MEMCH en 1953 y la mayoría de las organizaciones de mujeres, y muchas de sus militantes dejan de participar en política o se suman a partidos en cuyas agendas no están contemplados los derechos de las mujeres.

El análisis no busca ofrecer una lectura que establezca relaciones directas y especulares entre el corpus de estudio y cada contexto descrito, sino entender los textos como parte de experiencias de sentido epocales: en otras palabras, de “estructuras de sentimiento” (Williams 1980) o experiencias compartidas que producen significados a partir de una cotidianidad vivida. Dicho esto, me parece que es posible identificar en los tres libros impulsos movilizadores surgidos de sus contextos en común que marcan las experiencias de las mujeres en lo público: la necesidad de demostrar, de manera contundente e innegable, los aportes de las mujeres en la sociedad (Luisa Zanelli, *Mujeres chilenas de letras*) en un momento inicial de los movimientos de mujeres en el que había que justificar con fuerza sus contribuciones en el progreso nacional; la necesidad de elaborar una narrativa inspiradora, con figuras ilustres que las mujeres pudiera reconocer y reconocerse en ellas (Marta Elba Miranda, *Mujeres chilenas*), en un contexto de ascenso de las movilizaciones feministas; y, por último, la necesidad de definir aquellos nombres centrales en un área específica de la producción cultural, como la literaria, poniendo énfasis en las particularidades de sus obras (María Carolina Geel, *Siete escritoras chilenas*), en un momento de consolidación de la profesionalización del quehacer letrado y en el que, paralelamente, se observa un paulatino retroceso de la influencia de las organizaciones feministas y de la actividad militante de las mujeres.

2. MUJERES CHILENAS DE LETRAS DE LUISA ZANELLI (1917)

Desde sus primeras páginas, tanto el libro de María Eugenia Martínez como el de Luisa Zanelli transmiten cierto sentido de urgencia, destacando la necesidad apremiante de dar a conocer, sin mayor dilación, un conjunto de nombres de chilenas, con sus respectivos logros. Al respecto, indicaba Martínez: “Es un deber nuestro no encerrarnos en el egoísmo; es necesario que las jóvenes generaciones sepan que hubo mujeres que sirvieron a la patria en los primeros días de liberación de la Independencia” (5). Por su parte, y en este mismo sentido, Zanelli señalaba: “La necesidad de un libro de esta índole se hacía notar a cada paso y para mí esta necesidad era aún más imperiosa” (7. Se hace evidente, entonces, que tanto Zanelli como Martínez entendían esta labor de reparación histórica como una misión ineludible, que no se podía seguir postergando y que debía realizarse “sin medir consecuencias” (7), tal como señala Zanelli. Será precisamente ella la más consciente de los costos que le puede traer tal proyecto editorial: “Se me ha dicho que hay quienes se preparan para atacarme. No les temo; cuando se ha trabajado con sinceridad y se ha experimentado la satisfacción de haber hecho algo útil, se puede estar tranquila” (9).

Me parece interesante este carácter urgente y finalmente de arrojo que tiene para Zanelli proponer, a la escena letrada, estas galerías de autoras y figuras públicas; y, aunque no lo explicita, es evidente que entiende su libro como una narrativa desautorizadora de una historia cultural y política que ha determinado los eventos y los nombres que deben recordarse y, en ocasiones, celebrarse, una historia en la que, por cierto, las mujeres no tienen un lugar. La declaración de Zanelli demuestra, además, que sabe que su contranarrativa no pasará inadvertida, que puede tener para ella costos que está dispuesta a enfrentar y que el rigor de su trabajo es su mejor defensa. Así, aunque señala no temer a las críticas, es clara su preocupación, fundada en parte por lo ambicioso de su proyecto. En efecto, Luisa Zanelli no solo tenía como propósito elaborar una historia cultural de las chilenas, sino que esta fuera lo más pormenorizada y completa posible, abarcando

desde la Colonia hasta el presente de la autora. Si se considera que el único antecedente de una empresa similar era el libro de Eugenia Martínez, un texto de apenas 23 páginas en el que su autora priorizó exponer nombres precisos y eventos acotados en distintos periodos de la historia, el esfuerzo de Zanelli no tenía parangón y se instalaba como un trabajo pionero por su envergadura. En su “Prólogo”, Zanelli se anticipa a las posibles críticas por el carácter ambicioso de su trabajo, al explicar que su obra es producto de “un momento de inusitado entusiasmo juvenil” (7). La cita porta de un doble discurso. Por una parte, justifica el tamaño de su empresa con el ímpetu de la edad. El mundo letrado sabrá entender y perdonar, entonces, que su proyecto se debe al arrebato propio de la juventud. Esto, sin embargo, no significa desconocer la autoridad de la esfera intelectual, por lo que declara su disposición a recibir la buena guía que esta le pueda ofrecer: “Como novicia en las letras, me imagino que mi trabajo ha de adolecer de defectos que yo ignoro. La firme voluntad que poseo para evolucionar bastante en breve tiempo, me hace esperar de las autoridades literarias, consejos cultos i provechosos para el futuro” (9).

Por otra parte, en el texto de Zanelli, la juventud no se asocia a la insensatez, a una actitud irresponsable que se materializa en falta de prolijidad. Para ella, ser joven significa estar dispuesta a asumir riesgos, ser dueña de una pasión que la lleva a explorar territorios desconocidos. En otras palabras, tras esa actitud humilde que reconoce la autoridad del campo cultural y literario, y con ello la perfectibilidad de su trabajo, Zanelli nos dice, y le dice a ese campo, que su libro no es un estudio historiográfico más, sino que, por el contrario, constituye algo nuevo. Así, la juventud, lejos de ser un defecto, constituye un valor en un mundo cultural moderno en donde precisamente lo nuevo se ha transformado, desde mediados del siglo XIX, en el signo del progreso (Goldgel 2013). De este modo, Zanelli es plenamente consciente de la contribución de su trabajo; y, por ello, no está dispuesta a sacrificar sus hallazgos por la sola necesidad de publicarlos. Al respecto, revelador es el acápito que antecede al “Prólogo”, titulado “Advertencia” en el que reconoce

que se ha visto obligada, por “motivos especiales”, a presentar su investigación en dos tomos (6). Si solo su primer libro cuenta con más de doscientas páginas, se hace evidente entonces que esa razón “especial” se debe al tamaño de su escrito. La autora, leal a su objetivo inicial de configurar un mapa detallado de la participación de la mujer en la historia cultural, ha descartado podar su material y en su lugar ha decidido reordenarlo en dos entregas y, así, de acuerdo con Zanelli, presentarlo “tal como es” (7). No dejan de ser interesantes estas últimas palabras que sugieren una suerte de defensa a la identidad de su escrito; reducirlo afectaría la esencia de su propuesta y, con ello, su finalidad. Infiero que para ella no renunciar a ningún aspecto de su proyecto de recuperación es parte de su batalla por la visibilización de las obras de mujeres, lo que queda en evidencia a lo largo del texto a partir de su exhaustiva exposición. En el paratexto “Obras de la autora”, se nos señala que el segundo tomo de su libro está en prensa. Sin embargo, no existen registros de esta publicación. Todo hace suponer que este volumen finalmente no se publicó y que *Mujeres chilenas de letras*, a pesar de las intenciones de Zanelli, solo alcanzó a ver la luz en un primer y único tomo. Desconocemos, por tanto, las materias que se abordarían en el libro que estaba en preparación y cómo se organizaría la información.

Para Zanelli, el riesgo de que el libro no lograra ofrecer una cartografía histórica lo suficientemente completa era alto, más aun considerando la escasa información que existía sobre las actividades culturales femeninas en la historia chilena. Tal desafío la obliga a realizar un minucioso trabajo de búsqueda de información que la lleva a revisar distintos archivos y recabar testimonios con el fin de rastrear la presencia esquivada del sujeto femenino en la historia nacional. Zanelli, consciente de que su trabajo está expuesto a las críticas y a la observación desconfiada de historiadores y letrados, se preocupó de detallar en su “Prólogo” el origen de las principales fuentes que sostienen su investigación, en las que se incluye no solo innumerables textos, sino también un trabajo directo con los sujetos de estudios a quienes entrevista y observa en sus encuentros en organizaciones de mujeres (8).

En *Mujeres chilenas de letras*, el talento individual no explica por sí solo la solidez de una trayectoria. En otras palabras, Zanelli, si bien no deja de mencionar las capacidades creativas de las mujeres, no busca entenderlas a partir de la excepcionalidad. De este modo, no construye una periodización centrada exclusivamente en biografías específicas, sino más bien una genealogía de la producción femenina en la que las estructuras sociales juegan un rol central en el proceso de creación y divulgación de las obras de mujeres. A partir de una organización diacrónica, Zanelli analiza distintas instancias en las que tendrá lugar la escritura y la participación cultural de la mujer: En la Colonia, serán los conventos; durante la Independencia, los salones; y, en la época de construcción de la república, un sistema de instrucción pública que permitirá la formación de mujeres en distintos niveles. Gran parte del libro se centra, precisamente, en este sistema público de educación. De los trece capítulos que componen el estudio de Zanelli, ocho de ellos abordan el trabajo de mujeres en el sistema educacional o describen los cambios en dicho sistema que permitieron la preparación de la mujer y su formación en profesiones liberales. De este modo, en el libro de Luisa Zanelli hay un claro interés por ahondar en las condiciones sociales que explican la presencia de ciertas autorías de mujeres y su producción artística e intelectual, pero, además –y sobre todo– por exponer de qué manera una estructura de educación pública integral ofrece las condiciones para producir un sujeto femenino moderno. El énfasis en la educación como factor que posibilita la formación para el ingreso de la mujer en lo público lleva a Zanelli a entender de manera amplia el ejercicio letrado. En efecto, *Mujeres chilenas de letras* se constituirá en un extenso catastro de las más diversas actividades llevadas a cabo por mujeres en ámbitos culturales y profesionales.

El resultado de este esfuerzo será un libro en el que las personalidades tienden a desdibujarse en medio de una corriente de actividades públicas femeninas. En *Mujeres chilenas de letras* no hay capítulos diferenciados que distingan la producción social por áreas específicas del desarrollo cultural como tampoco se observa una jerarquización que ordene, de acuerdo con su relevancia,

los aportes de las mujeres en sus distintas esferas sociales. A través de sus páginas encontramos mezcladas la titulación de anónimas maestras y jóvenes profesionales del área de la salud, con la premiación de Gabriela Mistral, en 1914, en los Juegos Florales. Esto, en parte, se debe a que el libro se escribe y publica en una época temprana de la profesionalización del ejercicio letrado en Chile. En tal sentido, la ausencia de clasificaciones por disciplinas como también de un orden que privilegie destacar ciertas autoras por sobre otras, es parte de un mundo letrado en el que las fronteras de las prácticas escriturales están menos definidas y en el que la figura de la escritora profesional todavía no es una realidad.

En los años en los que Zanelli escribe y publica su libro, las mujeres, sobre todo de las elites y de la emergente burguesía, participan en la vida cultural, desarrollando diversas actividades: publican libros, escriben incursionando en diversos géneros discursivos, editan periódicos² y fundan centros de reflexión y difusión artística e intelectual. En general, son autoras que no buscan ser reconocidas en un ámbito específico del quehacer letrado. Darcie Doll denominará a estas autoras como “precursoras”, las que empiezan publicando en los primeros años del siglo XX y que comprenden su labor cultural como “parte de otras actividades” (2014: 26). En este sentido, *Mujeres chilenas de letras* puede entenderse como un texto representativo de las llamadas escritoras “precursoras”: menos interesadas en el cultivo de áreas culturales específicas y mucho más inclinadas por desplegar una energía movilizadora en todos los ámbitos sociales posibles.

3. MUJERES CHILENAS DE MARTA ELBA MIRANDA (1940)

En 1940, la periodista y ensayista feminista Marta Elba Miranda publicó su libro *Mujeres chilenas*, que reunía 35 perfiles de mujeres destacadas. Uno de los aspectos que llama la atención de su trabajo

² Respecto a la prensa de mujeres en Chile, el libro de Claudia Montero, *Y también hicieron periódicos: Cien años de prensa de mujeres en Chile* (2018), constituye uno de los mayores esfuerzos por identificar y estudiar este valioso material escritural.

es un paratexto inicial, que no fue escrito por la autora y que no lleva firma, titulado “Una opinión autorizada” (7). En este apartado se señala que el libro ha sido enviado por la autora al historiador Domingo Amunátegui Solar, que, después de revisarlo, indica que el libro merece ser publicado; también incluye una cita de la carta que envió el historiador a la autora: “He leído con detención su libro sobre las mujeres chilenas y me ha parecido bien escrito y digno de la publicidad” (7). Este paratexto tenía claramente como fin validar el libro de Marta Elba Miranda en el campo intelectual e historiográfico de su época. Al igual que Zanelli en su momento, Marta Elba Miranda sabía que su texto no estaría exento de lecturas severas como la que emitirá Francisco Santana en la *Revista Atenea*, en 1940. Santana, si bien elogia *Mujeres chilenas*, dedica gran parte de su lectura a cuestionar su carácter incompleto: “El libro de Marta Elba Miranda solo recoge algunas de las figuras más representativas de nuestro país. [...] Por nuestra parte, notamos la ausencia de algunas escritoras que poseen méritos suficientes para difundirlas y darlas a conocer como valores dentro y fuera del país (Santana 1940: 527).

En su prólogo, titulado “Palabras preliminares”, la autora advierte que no pueden estar todas las mujeres que han contribuido al desarrollo nacional y que, como es lógico, se ha visto obligada a hacer una selección: “Sé que no están todas. Son muchos hoy los nombres de mujeres chilenas que se distinguen en una u otra actividad y que merecen figurar en este tomo. Pero al hacer la selección no he pensado sino en aquellos que la muerte inexorable definió para siempre, o en los que el valor o magnitud de su obra han alcanzado ya la consagración inamovible y definitiva” (6). Miranda expone con claridad su criterio de selección, inclinándose por reunir solo figuras del pasado y del presente de trayectorias indiscutibles al momento de publicación del libro. De este modo, aquellas mujeres destacadas, pero aún no consagradas, con obras recientes y que empiezan a perfilar su relevancia, quedan fuera de la composición final del texto. En su crítica, Francisco Santana no solo omite que la autora ha explicado los criterios de su selección,

sino que además se permite presentar un extenso listado de mujeres, de diversas esferas culturales, que no están incluidas en el libro de Miranda, dando a entender que la selección de la ensayista es poco rigurosa e injustificada.

Mujeres Chilenas, de Marta Elba Miranda, se publicó en formato libro en 1940. Sin embargo, los perfiles reunidos en el volumen habían sido divulgados antes por su autora en una columna periódica en la revista *Familia*, en los años en los que la escritora Marta Brunet dirigía este medio³. En el apartado “Palabras preliminares”, la autora menciona en las primeras líneas este origen de las semblanzas que reúne en su libro y destaca a Marta Brunet como la directora de la revista: “Algunos de estos retratos de mujeres han sido publicados en la revista *Familia* que dirige Marta Brunet. No tenían otra finalidad. Alguien, una autoridad en la materia, me aconsejó que las recopilara en un volumen, pues las creía útiles, como ampliación cultural, para la niña que cursa humanidades” (5).

Me parece importante poner este párrafo con relación al apartado que le sigue, “Una opinión autorizada”, comentado anteriormente, en el que se recoge el respaldo del historiador Domingo Amunátegui Solar. Lo primero que llama la atención es que no se incluya en “Palabras preliminares” la opinión del historiador y que en su lugar se le ubique en un apartado diferente y sin firma. Si, tal como se indica en “Una opinión autorizada”, el libro fue enviado por la propia autora a Domingo Amunátegui Solar para conocer su parecer y buscar su validación, era esperable que Marta Elba Miranda incorporara, en el principal paratexto del libro, el comentario del intelectual. Sin embargo, escoge relegar esta autorización a un segundo apartado sin firma. Otro aspecto de “Palabras preliminares” sobre el que me interesa detenerme es la mención a esa “otra autoridad en la materia” no identificada y que le ha sugerido publicar los perfiles en un libro, consejo que la autora escucha,

³ De acuerdo con Osvaldo Carvajal, Marta Brunet dirigió la revista *Familia* desde 1936 a 1939. Antes de ese periodo, codirigió por breve tiempo junto Francisco Méndez (Carvajal 2025: 194-201).

demonstrando la importancia que tiene para ella. De este modo, la autoridad del historiador aparece en un lugar menos relevante y, en cambio, la voz autorizada, sin identificar, ocupa un espacio central que reconoce su influencia en la publicación del libro. Me atrevo a aventurar que ese “alguien” que autoriza en las sombras el libro de Marta Elba Miranda es Marta Brunet, la que, como directora de la revista *Familia*, conoce a fondo cada uno de los perfiles escritos por Miranda y además es una “autoridad en la materia” como señala la misma Miranda. En efecto, Marta Brunet había publicado, entre 1934 y 1935, una columna similar en la revista *Ecran*, titulada “Alrededor de una mujer”. Es importante señalar, además, que, con la dirección de Brunet, la revista *Familia* aumentó la participación de mujeres, tal como lo señala Claudia Darrigrandi:

Bajo su dirección las mujeres cobraron centralidad como productoras de la revista. El número en que asume Brunet, en la información editorial se indica y destaca su papel como directora, su nombre ocupa el centro superior de la página. Además, en un gesto nuevo para la revista, se listan los nombres de cada una de las colaboradoras [...] Siguiendo una línea de trabajo similar, también se hizo una convocatoria para la consecución de corresponsales en todo el territorio nacional que apeló directamente al público lector femenino [...] Además de que la revista invita directamente a la participación de mujeres en su producción (Darrigrandi 2021: 261).

La mención de Brunet, al inicio de “Palabras preliminares”, en su calidad de Directora de la revista *Familia*, puede entenderse como un reconocimiento a la autora que brindó un espacio, en un medio de amplia difusión, a las mujeres de letras y sin la cual la columna de Marta Elba Miranda probablemente no habría tenido un lugar. De este modo, es muy posible que Brunet sea esa figura desconocida que aconseja la publicación de los perfiles de *Mujeres chilenas*. Sin embargo, si es Brunet la dueña de esa opinión anónima que atentamente ha escuchado Miranda ¿Por qué no identificarla? ¿Por qué mencionarla solo en su calidad de directora de la revista y a reglón seguido ocultarla bajo la figura de una “opinión autorizada”? Me parece que esto obedece a dos razones: Brunet es una de las autoras

retratadas en el libro; por tanto, habría sido problemático mencionarla como impulsora de la publicación, arriesgándose de ser acusada de poco objetiva, aunque, como hemos visto, tal precaución no la libró finalmente de la crítica de Santana. La segunda razón está relacionada con el lugar que ocupa Marta Brunet en el campo cultural chileno en esos años. La autora era una escritora reconocida y con varios libros publicados, pero para la crítica se trataba de una narradora que aún no alcanzaba una madurez artística. Por otro lado, por la naturaleza de la investigación –un trabajo de recuperación de figuras del pasado–, recurrir a un historiador para que aprobara el libro parecía más apropiado en un momento de mayor especialización del mundo letrado. Por tanto, Marta Brunet, como literata, aún no completamente consagrada, no podía ser esa autoridad que legitimara el libro que de alguna manera parecía exigir el campo cultural. Sin embargo, Miranda estratégicamente la menciona en “Palabras preliminares” como ese “alguien”, autoridad en el tema, que influye directamente en la publicación. De este modo, su ausencia –y permítaseme la lectura derridiana– termina siendo una presencia más determinante que la del historiador, cuya figuración solo parece justificarse por criterios editoriales: un trámite para poder obtener la visa de entrada en los circuitos letrados. No deja de ser interesante el uso del “alguien” para referirse a Marta Brunet. La elección del pronombre indefinido oculta el nombre y toda huella de identidad, incluida la de género sexual de la narradora. Sin embargo, este acto de encubrimiento no es un borramiento destinado a desconocer su relevancia. En efecto, al pronombre le sigue una precisión importante, “autoridad en el tema”; con ello, la escritora clarifica que ese “alguien” no es una persona cualquiera, es una figura que a pesar de su relevancia ha decidido no mencionar.

A diferencia del libro de Luisa Zanelli, Marta Elba Miranda organiza su estudio a partir de semblanzas biográficas ordenadas cronológicamente. Otra diferencia con el texto de su antecesora es que Miranda declara su intención de destacar la participación de las mujeres en ámbitos diversos y no solo el cultural. En su extenso registro, Miranda menciona mujeres que participaron activamente

en los procesos de independencia, que desempeñaron posteriormente funciones militares en diversos conflictos armados, dedicadas a la caridad, a la actividad política, a labores profesionales desde maestras a médicas y las que ejercieron actividades letradas.

Marta Elba Miranda, a su vez, a diferencia de María Eugenia Martínez y Luisa Zanelli, escribe cuando ya se han publicado algunos importantes textos que ponen en valor obras de mujeres: me refiero no solo a los libros de Zanelli y de Martínez, sino también al del historiador José Toribio Medina, *La literatura femenina en Chile* (1923)⁴. En este sentido, el estudio de Marta Elba Miranda no parte de cero, lo que se demuestra en el modo como organiza el material, escogiendo una estructura temporal similar a los proyectos que le precedieron.

Por otra parte, y sin desconocer que el libro de José Toribio Medina pudo entregarle información relevante para la elaboración del suyo, no se observa una influencia clara del texto del historiador en *Mujeres chilenas*, a diferencia de los textos de sus antecesoras con los cuales sí es posible reconocer diálogos. De este modo, lejos de usar el modelo enciclopédico, con entradas precisas, que usa Medina en su estudio, Marta Elba Miranda, haciendo gala de su oficio de periodista, despliega retratos personales, en los que el dato específico es un elemento importante, pero no el único que considera al momento de definir cada perfil. Miranda no solo busca describir una trayectoria y una obra, sino acercar a la mujer reseñada a los y las lectores/as. Cuando, por ejemplo, José Toribio Medina da cuenta de

⁴ El libro de José Toribio Medina ofrece un acabado catastro de la labor creativa e intelectual realizada por chilenas a lo largo de la historia; sin embargo, no busca reparar una omisión injusta, como los libros de Martínez, Zanelli o Miranda, sino más bien identificar y catalogar una determinada producción cultural. Aunque el historiador se arroga un carácter pionero, al considerar su libro como el primer trabajo de recopilación y análisis de obras letradas de mujeres en Chile, lo cierto es que no solo no fue el primero, sino que muchas de las autoras reseñadas por él ya estaban presentes en los textos de Zanelli y Martínez. La ponencia de Lorena Amaro y Natalia Cisterna (2025), “Algunos apuntes sobre la revisión feminista de la literatura chilena. La literatura femenina en Chile (notas bibliográficas y en parte críticas) (1923), de José Toribio Medina”, expone y analiza las estrategias de omisión y de lecturas parciales realizadas por el historiador a los estudios de sus antecesoras.

la obra de la poeta María Monvel, se limita a nombrar los títulos de sus poemarios y a recoger las opiniones de dos críticos aparecidos en prensa (1923: 50-51. Marta Elba Miranda, en cambio, inicia el perfil de Monvel con el siguiente párrafo: “Entre los años 1917 y 1919 un fino y grácil nombre de mujer rubricaba, en diarios y revistas, sencillos y emocionados poemas. Era una inquieta adolescente, de un pueblo del norte de Chile, Iquique, llamada Tilda Brito, que se ocultaba bajo el seudónimo de María Monvel” (139). Miranda nos presenta, así, una figura dueña de una historia y una vida particular, poseedora de una voz poética digna de reconocimiento (139).

En los perfiles que integran el libro de María Eugenia Martínez se observa el mismo interés por humanizar a las figuras retratadas, configurando reseñas en donde los talentos individuales, los esfuerzos y las capacidades para sobreponerse a las circunstancias definen a las mujeres tanto como sus trayectorias y obras específicas. Sin embargo, habrá una diferencia con el texto de Martínez: Miranda ahonda en las circunstancias sociales que permiten o estimulan los talentos creativos e intelectuales, cuestión que también desarrolla en extenso el libro de Luisa Zanelli. El libro de Marta Elba Miranda expondrá semblanzas en las que se combina el protagonismo individual con el desarrollo de la sociedad y la participación de la mujer en ella. Los modos como cada una de estas tres autoras se hace cargo de la poeta Mercedes Marín del Solar permite ejemplificar esto último. Expresa María Eugenia Martínez respecto a esta mujer de las letras del siglo XIX lo siguiente:

Años después [de la Independencia] vino, si puede decirse con propiedad, el renacimiento, i aquellas almas que parecían adormecidas despertaron con más bríos para la lucha del pensamiento.

Apareció en esa época como astro de primera magnitud Mercedes Marín, hermosa é inteligente joven ... En ese tiempo era difícil encontrar libros que dieran desarrollo a la inteligencia; pero la señorita Marín buscaba en las bibliotecas de sus amigos obras donde satisfacer su anhelo de saber; así se desarrolló en ella el gusto por la lectura i más tarde por la poesía (Martínez 1911: 15).

En el texto de Martínez, Mercedes Marín de Solar es parte de lo que ella denomina el Renacimiento de la participación de las mujeres en la vida cultural chilena. La autora no profundiza mayormente en las causas y las características de este despertar de la mujer. En la cita, Mercedes Marín es presentada como un producto de sí misma, su trayectoria es fruto de una serie de acciones y decisiones personales que la llevan a constituirse en una de las intelectuales y poetas más destacadas de su momento. Luisa Zanelli, en cambio, aunque resalta la excepcionalidad de la poeta para su época, se inclina por demostrar que el ambiente familiar es la principal fuente que estimula la formación cultural, lo que ayudó a potenciar sus talentos innatos:

La primera figura femenina exclusivamente intelectual que aparece, en el período de la independencia con caracteres bien definidos es Mercedes Marín del Solar, *rara avis in terris*. Descendiente de padres cultos e ilustres, se educó más por el ambiente que la rodeó, que por la instrucción que recibiera. Prodigio de talento natural i de firmeza en su dedicación al estudio, supo sobresalir de las tradiciones férreas que la rodeaban, imponiéndose por su moralidad i saber (Zanelli 1917: 34).

Marta Elba Miranda, al igual que las otras escritoras, menciona el carácter pionero de Mercedes Marín del Solar, pero escoge presentarla en distintas etapas de su vida permitiendo un acercamiento mayor a su figura y a su historia personal. De este modo, Marín del Solar es presentada en su infancia y adolescencia dueña de dotes creativas que perfilaban tempranamente a la futura poeta, y luego, en su vida adulta, convertida en una escritora reconocida, destacando sus principales composiciones (88-89). Al final del perfil, Miranda nos entrega el siguiente cuadro: “Los salones de su mansión fueron el centro de toda una sociedad culta. Aquí Isidora Zegers deleitaba a la concurrencia con el encanto de su voz maravillosa. Ambas, junto a Mercedes Recasens y Rosario Garfías, fueron las principales animadoras de las filarmónicas que hicieron en la segunda mitad del siglo XIX las delicias de toda una elite amante

de lo bello” (90. Este párrafo nos brinda la imagen de un ambiente cultural impulsado por mujeres de familias acomodadas en el que Mercedes Marín del Solar es un eje fundamental. De este modo, en el perfil de Marta Elba Miranda, Mercedes Marín del Solar no es un ser encerrado en sus talentos, sino parte del mundo femenino plenamente dinámico y soporte de la vida artística del país.

En definitiva, *Mujeres chilenas* de Marta Elba Miranda será el primer libro de visibilización de mujeres, de carácter biográfico, que se detiene en aspectos poco conocidos de cada una de las figuras reseñadas, cincelándolas de manera individual pero también resaltando su integración a una época y a una sociedad, especialmente a una comunidad femenina.

4. *SIETE ESCRITORAS CHILENAS* DE MARÍA CAROLINA GEEL (1949)

El libro de María Carolina Geel, *Siete escritoras chilenas*, se publicó en un periodo en el que los campos culturales funcionaban de manera relativamente autónoma. Se trata de campos modernos, con prácticas creativas e intelectuales diferenciadas y que contaban con figuras reconocidas. Asimismo, y a diferencia del contexto de publicación del libro de Luisa Zanelli, María Carolina Geel responde a un momento de mayor consolidación de la participación de las mujeres en los espacios letrados. Es necesario señalar, además, que Geel publica su libro después de varios hitos en la historia literaria de autoras chilenas: *Siete escritoras chilenas* se edita cuatro años después de la obtención del Premio Nobel de Literatura de Gabriela Mistral (1945) y posteriormente de la aparición de dos textos literarios fundamentales de la narrativa chilena: la novela *La última niebla* (1934) de María Luisa Bombal y el libro de cuentos *Raíz del sueño* (1949) de Marta Brunet, que darán un giro a la estética realista, predominante en la prosa durante la primera mitad del siglo XX.

A pesar de ello, Geel advierte que la notoria relevancia de las mujeres en el campo literario no se ha condicho con un adecuado reconocimiento de sus contribuciones: “Estas reseñas nacieron

de un pensamiento de justicia. En mi país la labor literaria de las mujeres es de incontrovertible valor y trascendencia; sin embargo, no existe, que yo sepa, un volumen que reúna sus nombres y destaque sus obras” (9). En una nota al pie en esta última línea, agregará: “Hago abstracción de la excelente obra de la señora Marta Elba Miranda, de índole más bien pedagógica: ‘Mujeres chilenas’”. (9).

Geel no intenta convencer al público del aporte significativo que han hecho las mujeres en el campo cultural chileno; por ello, elegantemente establece cierta distancia con el libro de Miranda —el único de este tipo que reconoce de todos los que le antecedieron—, cuyo objetivo, entiende, era informar de los aportes de las mujeres en distintos ámbitos, incluido el literario. *Siete escritoras chilenas*, por el contrario, más que educar lectores, busca homenajear a aquellas cuyas contribuciones han sido innegables y conocidas por todos. Este carácter del libro, destinado a honrar a ciertas figuras, se define desde el inicio, con las palabras que, a modo de prólogo, se presentan bajo el título de “Pórtico”. La autora ofrece una experiencia de lectura que recrea el ingreso a un templo, ocupado por una figura central, Gabriela Mistral, y otras seis dignas de admiración. En esta necesidad de celebrar, más que de divulgar, Geel no nos despliega una galería heterogénea de nombres, actividades y obras para así demostrar de manera irrefutable los logros de las mujeres, como lo hace Luisa Zanelli, ni tampoco expone sus aportes al progreso nacional y cultural en distintos momentos de la historia para ilustrar su relevancia en el desarrollo nacional, como ocurre en los libros de María Eugenia Martínez o Marta Elba Miranda. Por el contrario, escoge centrarse en una selección reducida solo de literatas, de la primera mitad del siglo XX, aquellas que, a su juicio, merecen ser reconocidas y elogiadas por la trascendencia de su obra: Gabriela Mistral, María Luisa Bombal, Marta Brunet, Amanda Labarca, María Monvel, Chela Reyes y Luz de Viana.

A cada una de estas autoras, Geel le dedica un capítulo en el que se destaca la obra, la trayectoria literaria y se analizan algunos textos escogidos. A diferencia del libro de Marta Elba Miranda, que buscaba conectar al lector con las autoras reseñadas a través

de caracterizaciones que enfatizaban aspectos íntimos de sus vidas, Geel ofrece apenas algunas pinceladas biográficas, evitando caer en el exceso de datos y anécdotas ajenas a la creación estética. En la clasificación propuesta por Darcie Doll, Marta Elba Miranda y María Carolina Geel son parte del grupo de las “escritoras profesionales”, que empiezan a publicar en la década del 30 del siglo pasado y cuyas trayectorias dan cuenta de autoras independientes (Doll 2014: 26), dedicadas íntegramente al quehacer letrado y literario. Sin embargo, el libro de perfiles de Geel evidencia que su autora se encuentra en una etapa de mayor especialización de la actividad letrada. Su opción de centrarse casi exclusivamente en la obra de las escritoras y restarle importancia a la información biográfica nos habla de una autora que concibe la obra como el eje sobre el que descansa la trayectoria literaria. De este modo, en vez de perfiles culturales en los que se busca explicar la producción escritural de acuerdo con las coordenadas sociales de un contexto específico, Geel elabora un libro de análisis literario en el que resalta el aporte original de cada una de las autoras consignadas por ella.

Siete escritoras chilenas despliega un canon de la producción literaria de mujeres en Chile: las autoras que reúne en sus páginas, a su modo de ver, merecen ser diferenciadas del resto. Asimismo, en su análisis a las obras, Geel establece el valor de esta producción a nivel de la literatura chilena en general, comparándola en varios pasajes con la de reconocidos escritores. Al respecto, de María Luisa Bombal señala lo siguiente: “En el terreno de la estética literaria, con posterioridad a Pedro Prado, Barrios y D’halmar, es la más depurada prosista de nuestras letras; y en este otro terreno tan sutil de la continuidad de la emoción viva del ensueño a través del misterioso cauce del lenguaje, aún no ha sido superada” (33). De este modo, Geel instala la narrativa de Bombal como un hito en la literatura chilena, la única que ha logrado, a través de un lenguaje de alto nivel estético, introducirnos en las zonas más profundas de las subjetividades de sus protagonistas. Geel observa en la prosa de María Luisa Bombal un acto inaugural que, en muchos aspectos, trazará el camino de la vanguardia narrativa. Por otra parte, y destacando

también el carácter pionero de las obras de otras escritoras, dirá de Marta Brunet lo siguiente:

Sé que lo que aquí voy a expresar levantará voces airadas. ¿Qué hacerle? En todo caso es la verdad de quien hace de leer un ritual. Y bien, en nuestra estimación Marta Brunet es el más relevante de nuestros escritores criollistas. Primero porque junto con hacer literatura criolla hace Arte. Luego, en ningún hemos encontrado diálogo tan genuino y chispeante, que atraiga tan vivamente el interés del lector hacia el personaje mismo... (48).

En las antípodas del proyecto estético bombaliano, la prosa literaria de Marta Brunet, especialmente la de sus primeros años, es para María Carolina Geel la expresión más lograda de la escuela criollista. Al respecto, el uso de la norma del género masculino como universal para referirse a Brunet se explica por el interés de Geel de instalar a la autora dentro de un canon literario general, la utilización del género femenino en los marcos culturales de su época habría significado reducirla a un canon exclusivamente constituido por mujeres.

En este sentido, en su libro, Geel posiciona a María Luisa Bombal y Marta Brunet en la cima del canon narrativo chileno. En su análisis, dos de las principales corrientes literarias de las primeras décadas del siglo XX, el criollismo y la vanguardia, tendrán como sus principales representantes a mujeres. El argumento de Geel es audaz: por una parte, el libro parece entregarnos solo un listado de las siete mejores escritoras chilenas, pero en el análisis que desarrolla de cada una de ellas la comparación con otras escritoras, fuera de ese canon, se diluye y, en su lugar, escoge leerlas en el marco de una tradición literaria y de un campo cultural amplio, destacando la innovación y perfección de sus obras que las llevan a superar a sus pares varones. De este modo, Geel despliega un canon de la literatura de mujeres y, al mismo tiempo, termina reordenando y proponiendo sutilmente un nuevo canon de la literatura chilena, cuyos representantes más importantes son mujeres.

Resulta interesante el orden que tienen las autoras en el libro de Geel. La autora descarta jerarquizar a las escritoras que componen su estudio de acuerdo con valores estéticos o el desarrollo de sus trayectorias, inclinándose por una organización alfabética. En su canon de escrituras de mujeres, todas ocupan un sitio relevante por el solo hecho de ser parte de su exigente selección que, reconoce, la obligó a dejar fuera a notables escritoras. Solo una vez suspende la aplicación de este criterio alfabético, precisamente con el primer perfil que encabeza los siete nombres y que viene inmediatamente después del apartado “Pórtico”: la poeta Gabriela Mistral. En el relato de Geel, la obra de Mistral no puede ser homologada a la producción de las restantes autoras escogidas, las que quedan en el lugar de sus discípulas y herederas. Mistral, señala Geel, solo es comparable a las tres grandes de la literatura universal: “Safo, Santa Teresa de Jesús y Delmira Agustini” (13. En su análisis, la obra poética de Mistral alcanza una estatura monumental, una de las mejores que ha producido la lengua castellana (13). De este modo, Geel no solo destaca a Mistral como una figura por encima de sus pares de género a nivel nacional, sino como una autora que, a nivel mundial y en la historia de la lengua, ocupa un sitio trascendental.

5. CONCLUSIONES

El análisis de los textos de visibilización de género de Luisa Zanelli, Marta Elba Miranda y María Carolina Geel permite observar la importancia que tenía para ellas la necesidad de dar a conocer y poner en valor las contribuciones culturales y sociales de las mujeres del pasado y contemporáneas. Con distintos énfasis, las tres autoras coinciden en la necesidad de rescatar y reconocer un legado intelectual y literario que había sido omitido en las antologías, los diccionarios, las historiografías y que, en definitiva, de manera injustificada había permanecido completamente en las sombras. Las autoras fueron conscientes de que sus publicaciones ofrecían lecturas heterodoxas de la historia cultural, que los nombres y obras que reunían y celebraban podían despertar juicios negativos

en las esferas letradas. Sin embargo, también entendieron que su labor de visibilización no podía esperar y que, de algún modo, estaban llamadas a corregir una historia cultural marcada por exclusiones arbitrarias.

Los esfuerzos de Zanelli, Miranda y Geel no fueron excepcionales, se enmarcaron en un interés permanente de las sujetos de letras, de gran parte del continente, por arrancar del olvido las contribuciones que, en distintas áreas, y a lo largo de la historia, habían realizado las mujeres en sus respectivas sociedades. A través de estos textos, las autoras, de distintos países, configuraron sus propias genealogías culturales y sociales, trazando con ello una historia política, intelectual y artística nueva en la que se podían reconocer y que disputó con el monólogo excluyente de las narrativas nacionales.

Los textos de visibilización de género se expresaron en una diversidad de géneros discursivos y se divulgaron en una variedad de soportes; por ello, propuse en este artículo pensar y estudiar este corpus heterogéneo más allá de las delimitaciones de un modelo discursivo específico y centrarnos en lo que tienen en común: el interés claro de dar visibilidad y valorar las obras y las trayectorias de mujeres. Esto no significa estudiar estos escritos sin considerar sus respectivos momentos históricos. Como se trata de textos con un claro interés de reparación política, me parece importante analizarlos teniendo en cuenta el lugar de las mujeres en sus sociedades y sus luchas por la igualdad de derechos políticos y civiles en la primera mitad del siglo XX.

Los tres textos estudiados se publicaron en distintos momentos de la historia de los movimientos de mujeres en Chile. En los inicios de sus demandas, *Mujeres Chilenas de Letras* de Luisa Zanelli configuró un relato amplio y exhaustivo de la presencia de las mujeres en la sociedad, respondiendo al silencio en torno a las actividades femeninas en la vida cultural con un relato repleto de datos irrefutables y un caudal de información que evidenciaba de manera contundente la fuerza de esta participación. En su extenso registro, Zanelli se inclinó más por exhibir los aportes de las mujeres colectivamente

que en destacarlas de manera individual. De manera distinta, el libro de Marta Elba Miranda se articuló a partir de perfiles biográficos, que, en cada capítulo, no solo exponían las actividades y los aportes específicos de cada una de ellas, sino también aspectos de sus vidas que permitían aproximarlas a las/os lectoras/es, constituyendo una narrativa inspiradora en un contexto de ascenso de los movimientos feministas en Chile y la región. Por último, el libro de María Carolina Geel, *Siete escritoras chilenas*, nos ofrece el primer canon literario de la escritura de mujeres del país. Publicado en una época de declinación de los movimientos de mujeres y de una mayor especialización de la actividad letrada, el libro no busca constituir un relato que demuestre la importancia de las mujeres en el desarrollo de la nación, como los libros de Zanelli y Miranda. Por el contrario, *Siete escritoras chilenas* centra su interés en exponer los aportes estéticos de un conjunto de escritoras que Geel considera imprescindibles y, al mismo tiempo, dar a conocer su lugar e influencia en la historia literaria chilena y latinoamericana. Por ello, Geel desarrolla un análisis en el que la obra de cada escritora se lee con relación al desarrollo de las letras nacionales y latinoamericanas sin distinción de género sexual. *Siete escritoras chilenas* propuso, así, no solo ofrece un listado de las más destacadas autoras chilenas, sino también un conjunto de nombres de escritoras cuyos trabajos pioneros las situaban a la vanguardia de la producción literaria nacional e internacional.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AMARO, Lorena; y CISTERNA, Natalia

- 2025 “Algunos apuntes sobre la revisión feminista de la literatura chilena. *La literatura femenina en Chile (notas bibliográficas y en parte críticas)* (1923), de José Toribio Medina”. Ponencia leída en el “Simposio Internacional Reescribir la historia: Algunos apuntes sobre la revisión feminista de la literatura chilena”. Universidad de los Andes e Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, Colombia. 7, 8 y 9 de octubre.

CARVAJAL, Osvaldo

2025 “El rol de los textos periodísticos sobre mujeres en la trayectoria literaria de Marta Brunet”. Tesis doctoral. Universidad de Chile.

CONTRERAS, Joyce

2020 “Formas de inserción en el campo literario y principales debates en el ensayo de y sobre mujeres en el Chile de fines del siglo XIX”. *Literatura y Lingüística*. 42, 123-148.

DARRIGRANDI, Claudia

2021 “Informar y seleccionar: Marta Brunet como columnista y editora”. *Anales de literatura chilena*. 36, 251-267.

DOLL, Darcie

2014 “Escritoras chilenas de la primera mitad del siglo XX: trayectoria en el campo literario y cultural como criterios para una periodización de su producción”. *Taller de Letras*. 54, 23-38.

GEEL, María Carolina

1949 *Siete escritoras chilenas*. Santiago de Chile: Editorial Rapa Nui.

GOLDGEL, Víctor

2013 *Cuando lo nuevo conquistó América. Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*. Buenos Aires: Siglo XXI.

GONZÁLEZ STEPHAN, Beatriz; y ANDERMANN, Jens

2006 *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

KIRKWOOD, Julieta

2010 *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*. Santiago de Chile.

MARTÍNEZ, María Eugenia

1911 *Mujeres celebres de Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Santiago.

MEDINA, José Toribio

1923 *La literatura femenina en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta universitaria.

MIRANDA, Marta Elba

1940 *Mujeres chilenas*. Santiago de Chile: Nascimento.

MOLLOY, Sylvia

2012 *Poses de fin de siglo. Desbordes del género en la modernidad.* Buenos Aires: Eterna Cadencia.

MONTERO, Claudia

2018 *Y también hicieron periódicos: Cien años de prensa de mujeres en Chile.* Santiago de Chile: Hueders.

PRATT, Mary Louise

2000 “‘No me interrumpas’, las mujeres y el ensayo latinoamericano”. *Debate Feminista*. 21, 70-88.

SANTANA, Francisco

1940 “Mujeres chilenas por Marta Elba Miranda”. *Revista Atenea*. 183, 525-527.

WILLIAMS, Raymond

1980 “Estructura de sentimiento” en *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Ediciones Península.

ZANELLI, Luisa

1917 *Mujeres chilenas de letras.* Santiago de Chile: Imprenta universitaria.

Recepción: 01/09/2025

Aceptación: 15/02/2026